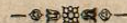


# INTRODUCCION.



DEL ESTADO DE LA RELIGION Y LA IGLESIA EN LA EPOCA  
DONDE EMPIEZAN ESTAS MEMORIAS.

Dividiremos esta introduccion en tres partes. En la primera espondremos el estado de la religion en general, á fines del siglo XVII, cuyo conocimiento es indispensable para penetrarse cabalmente de otros sucesos que deberemos referir en el curso de estas *Memorias*.

## I.

Del estado de la religion en general á fines del siglo XVII.

El observador que examina con alguna atencion la historia del siglo XVII descubre fácilmente en él un aspecto religioso y moral bien diferente del que presenta el posterior. El espíritu de estas dos épocas forma un contraste tan notable que no puede escaparse á la vista menos ejercitada. En la prime-



ra, la religion intervenia en todo. Mirábasela como el mas firme apoyo de la sociedad, como el lazo mas estrecho entre el príncipe y sus súbditos, como la mejor, ó mas bien como la única escuela de moral, como el motivo en fin mas poderoso para persuadir la virtud y alejar el vicio. Creíase necesaria á la felicidad de los Estados y de los particulares, y ni siquiera se soñaba en combatir su influencia, y mucho menos en discutir sus dogmas ni en dudar de sus preceptos. Al contrario, refugiábanse en ella, se reconocia su autoridad, y se respetaban sus máximas. No es nuestro ánimo decir que todo el mundo la practicase con toda fidelidad; por cuanto tambien habia entonces, como los ha habido siempre, abusos, pasiones y escándalos. Pero el espíritu general era eminentemente religioso. Los soberanos y los súbditos, los grandes y el pueblo, los hombres instruidos y los ignorantes, todos respetaban y honraban á la vez la religion, aun cuando algunos entre ellos no observasen todas las reglas con aquella exactitud que se podia desear. No parecia sino que hubiese entre los príncipes y el pueblo una laudable emulacion en ver quien favoreceria mas eficazmente todos los proyectos que pudiesen reportar ventajas á la religion y á la dicha de los pueblos. Así que viéronse en este siglo, mas que en otro, nacer instituciones útiles, fundaciones piadosas, monumentos de celo y caridad. Notábase, y nunca será bastante advertido, notábase en todas las clases, no

solamente grandes ejemplos de virtud, sino una disposicion favorable á todas las empresas religiosas, á todas las ideas saludables, á todos los proyectos de beneficencia y comun utilidad. De aquí tantos establecimientos donde las ventajas de la humanidad marchaban paralelas con las de la fe. Hospicios para los enfermos, asilos para la indigencia, misiones tanto nacionales como lejanas, reformas de muchas órdenes monásticas, creacion de congregaciones consagradas á la enseñanza de entrambos sexos, la educacion eclesiástica especialmente perfeccionada, y seminarios abiertos en todas partes para formar ministros verdaderamente dignos del Evangelio. Particular es esta última obra al siglo XVII, la cual anuncia la importancia que se daba entonces á la religion. No parecia sino que se hubiese apoderado de todos los ánimos el entusiasmo general. Eran esos tiempos verdaderamente afortunados, en que los progresos de las luces no acarreaban ningun detrimento á la creencia. El amor de las ciencias y la cultura de las letras no sofocaba la fe, y nadie tenia la vanidad de abrirse desconocidas sendas para venir á parar á nuevos principios, ni de buscar resplandores extraordinarios que mas bien deslumbran y ciegan que iluminan. Nadie blasonaba de despreciar vetustas instituciones ni de delirar por nuevos sistemas é ideas exageradas de independenciam y libertad. La indiferencia por la religion hubiese parecido entonces tanto menos susceptible de sostenerse cuanto



son mas perniciosos sus efectos. Los hombres mas grandes se vanagloriaban de creer en la revelacion. Los mas célebres escritores del reino de Luis XIV, tanto entre compatriotas como estrangeros, todos profesaban altamente la religion cristiana. Sus obras estaban selladas con el mas profundo respeto á la religion y á la moral. El tono de sus escritos está en completa armonía con el espíritu de su siglo. Lejos de hallar en ellos declamaciones contra el cristianismo, ni siquiera se percibe la intencion de vituperar su enseñanza de una manera encubierta ó indirecta, de contradecir aunque ligeramente los dogmas, ni la historia; de enervar la autoridad ni de atenuar su imperio sobre las conciencias. Hasta los mismos autores, cuyos escritos eran estraños á la religion, rara vez daban margen á sospechar que no la reverenciaban. Los literatos, los poetas, los matemáticos, los historiadores, le rendian pleito homenaje, siempre que fuese necesario, y lo verificaban sin afectacion ni repugnancia. Hablaban naturalmente de ella, como verdaderos persuadidos de su verdad. Los talentos mas distinguidos no tenian, con respecto á esto, otra manera de ver que el vulgo, y los filósofos mas hábiles no se preciaban de separarse de la muchedumbre, aparentando desden por la religion. Ciertamente que hay pocos nombres en filosofía mas imponentes que el de Bacon, Descartes, Pascal, Newton y Leibnitz. Con todo estos grandes hombres, pertenecientes en especial al siglo XVII, pro-

fesaban de veras los grandes principios del cristianismo.

Bacon, este sabio tan superior á su siglo, esta guia tan ilustrada en el estudio de la naturaleza, este legislador de la razon humana, que habia penetrado en las profundidades de la filosofía, y empezado á ilustrar la física con las luces de la experiencia; Bacon, cuyos vastos conocimientos han publicado, y cuyas obras han traducido y analizado los filósofos modernos, no era verdaderamente tal como han querido pintárnoslo algunas veces. Se sabe hoy cuanto habian ellos desfigurados sus sentimientos. El autor del *Cristianismo de Bacon* publicado pocos años há, le ha vengado de la alteracion de sus obras. Su vida de Bacon, los fragmentos que ha dado del ilustre Canciller, las notas y reflexiones con que ha acompañado sus extractos muestran hasta qué punto se habia alterado su método y oscurecido su doctrina. Bacon creia que la revelacion sola nos ha ilustrado sobre el verdadero origen del mundo y del hombre. Tenia las ideas mas nobles de la divinidad, profesaba un gran respeto á los libros santos, y la observacion de la naturaleza era para él un nuevo motivo de admirar y bendecir al autor benéfico de todas las cosas. Véase la obra que acabamos de citar, el *Cristianismo de Bacon*, obra escrita con tanta solidez como gusto, tan preciosa á la literatura como á la religion, y en la que se demuestra hasta qué punto era conforme la filosofía de Bacon con la razon y la fe,



El mismo escritor á quien debemos el *Cristianismo de Bacon* publicó despues los *Pensamientos de Descartes*, donde manifiesta que no solamente respetó este los principios de la religion sino que los creyó y sostuvo. El autor, en un *Discurso preliminar*, redactado con mucha crítica y sagacidad, venga muy bien á Descartes de las imputaciones de sus detractores, y en una *Vida religiosa* de este célebre filósofo le presenta como un católico exactísimo en el cumplimiento de sus deberes. Los numerosos extractos que trae sobre Descartes son realmente de un hombre de todo punto religioso. Hay en ellos pensamientos juiciosos, bellos y hasta pios sobre la existencia y atributos de Dios, acerca de la inmortalidad del alma y de diferentes puntos de religion y de moral; ellos prueban hasta la evidencia que Descartes no solamente era muy ortodoxo sino que se esforzaba en el alma en inculcar los principios de la fe y en patentizar su conformidad con los de la razon. Los mismos enciclopedistas han reconocido en Descartes ideas muy elevadas sobre la divinidad. Debe advertirse que, á par de Bacon, no habia descuidado el estudio de la teología. Pascal, por cuya ausencia en el número de los grandes hombres de nuestra primera edicion, nos han reconvenido, Pascal era una gran cabeza. Cultivó con éxito las ciencias abstractas, é hizo importantes descubrimientos. El vigor de su talento le hizo susceptible de salir bien de todas las empresas á que se consagrara. Tambien estudió la religion; y pro-

fundo como era, penetró este grande objeto, y concibió el plan de una obra que hubiese podido ser mas interesante, si su salud le hubiese consentido concluir la. Sus *Pensamientos* no son en realidad sino el estopillon y elementos principales de esta obra. Mas por informe que sea este ensayo, échase de ver en él una mano maestra, y esos grandes rasgos que pertenecen con exclusion á los grandes talentos acostumbrados á profundas meditaciones. Bayle decia que semejante voto desconcertaba mas la irreligion que cien volúmenes de controversias; y que despues de Pascal ya no hay medio de pretender que solas las ánimas pacatas pueden tener fe. Por lo demas, alabando aquí en Pascal, lo que ha contribuido mas á ilustrar su nombre, no pretendemos aprobar indistintamente sus escritos. Aquí no le consideramos, ni á él ni á los demas grandes hombres pasados en revista en la actualidad, sino como defensores de los altos principios del cristianismo. Es un título que se mereció Pascal por sus *Pensamientos*, y solamente debe uno deplorar que no hubiese tenido tiempo para concluir este monumento que hubiera podido ser tan util á la religion, y tan glorioso para él.

Newton, este hombre inmortal, este prodigio de la Inglaterra, este físico profundo, este genio verdaderamente inventor, que ha hecho dar tantos pasos á la ciencia, y que juntaba al talento de com-



prender los pormenores, el arte mas admirable de unir los hechos particulares por los resultados generales: Newton encontraba en los numerosos fenómenos que hacian el objeto de sus investigaciones nuevos motivos de admirar el poder infinitamente fecundo del soberano Ser.

Sus *Principios matemáticos de la filosofía natural* y su *Optica*, encierran hermosos testimonios en favor de la divinidad; de tal suerte que uno de sus traductores los ha mirado como un baluarte contra el ateísmo y la irreligion. Newton habia estudiado particularmente la Escritura, y ha consigné sus investigaciones, con respecto á esto, en escritos poco conocidos, aun cuando hagan parte de la edicion de sus obras\*. Por lo comun estos escritos son preciosos, puesto que atestiguan los sentimientos de Newton sobre la religion, su respeto á los libros santos, su afecto á los grandes principios de la revelacion. Es muy cierto que era celoso anglicano; mas este error, que no era sino el resultado de su educacion, no destruye nada su autoridad como filósofo cristiano. Él consideraba este título como altamente honroso. Sus cartas á Bentley manifiestan cual era su opinion con respecto al materialismo y la pena que se tomara en comentar

\* Ved el quinto y último volumen de las *Obras de Newton*, edicion de Horsley, Londres, 1779, 5 vol. en-4º. Allí se halla la *Cronología de los antiguos reinos corregida*, y las *Observaciones sobre las profecías de Daniel y de san Juan*. Estos escritos están en inglés y habian sido ya publicados en 1727 y en 1728. El primero está traducido al francés.

á Daniel y el Apocalipsis. El tono grave y religioso que constantemente guarda en ellas, á par del cuidado con que relaciona la cronología con el testo de la Escritura, todo inclina á ver en él un hombre bien penetrado de las verdades encerradas en la Biblia. Voltaire y Fontenelle han echado de ver su respeto profundo á Dios y el maduro estudio que habia hecho de la Escritura.

No se habia puesto menos cuidado en inducirnos al error sobre Leibnitz que sobre Newton. Voltaire en la *Historia de Carlos XII* pretende que este filósofo pensaba y hablaba libremente, y que habia inspirado sus sentimientos libres á mas de un príncipe. Fontenelle dice tambien con bastante inconsideracion en su *Elogio de Leibnitz*, que se le ha acusado de no haber sido mas que un grande y rígido observador del derecho natural, y que sus pastores le reprendieron pública é inútilmente. Conviene destruir estas aserciones. Todo prueba por el contrario que Leibnitz fué eminentemente religioso. Su metafísica está de tal suerte refundida en su religion, que es imposible separarlas. Bien diferente de algunos ideólogos modernos que se consumen en vanas abstracciones, y no quieren ver en todo sino la materia, abunda en reflexiones nobles y elevadas sobre Dios, el alma y la libertad. No deja pasar ocasion alguna de prestar homenaje al cristianismo. Impugnó á los incrédulos de su tiempo, y sucesivamente refutó á Hobbes, Bayle, Spinoza, Socin y Vissovats. Recientemente se han



publicado sus *Pensamientos sobre la religion y la moral*. Allí se ve un caracter singular de piedad, y tienen de particular que no parecen corresponder á los principios de la comunión en que el autor habia nacido. Allí habla de la autoridad eclesiástica como hombre que habia examinado sus derechos y calculado sus ventajas. El modo con que declara sus sentimientos sobre los Papas podria avergonzar á mas de un católico: queria que se restableciese su poder en toda la cristiandad. Sobre la reunion de las dos Iglesias se esplica con una moderacion que hace sentir no haya llevado mas adelante estas disposiciones tan sabias. Lo que dice sobre la belleza del cristianismo, la elevacion de sus misterios, la eternidad de las penas etc. no es menos digno de elogios. Pero el pasage de estos pensamientos que merece nuestra atencion es aquel en que manifiesta sus temores sobre las consecuencias de las malas doctrinas que veía esparcirse contra la moral y la religion: preveía que *sus secuaces, libres del importuno temor de una providencia vigilante y de un porvenir amenazador, soltarian las riendas á sus pasiones brutales, se dedicarían á seducir y corromper á los demas, y aun serian capaces por su placer y adelantamiento de poner fuego á los cuatro ángulos de la tierra*. Creía que estas opiniones perniciosas, *introduciéndose en los libros á la moda, disponian todas las cosas á la revolucion general de que la Europa estaba amenazada*, y veía con dolor apagarse los sentimientos

de un alma honrada con los de la religion. Tales eran las religiosas alarmas de este grande filósofo. ¿Qué debe decirse despues de esto de los que han querido arrebatar al cristianismo un hombre tan cristiano, tan firme en su creencia, tan prudente y moderado en sus opiniones? ¿No es una cosa singular el que en nuestro siglo se hayan complacido en desnaturalizar la doctrina de los grandes hombres del precedente? pero este artificio y esta mala fe se convierten en vergüenza de los detractores.

Bacon, Descartes, Newton y Leibnitz fueron cristianos con sinceridad, creyeron en la revelacion; y aunque de comuniones diferentes y disidiendo unas veces sobre dogmas particulares profesaron sin embargo y amaron la religion; la fe que los animó no deslució en ellos el ingenio. Estos hombres tan superiores á sus contemporáneos no creyeron abatirse creyendo como el vulgo. Tuvieron á honra inclinar la cerviz al yugo del cristianismo y marchar humildemente por las sendas de la revelacion, los mismos que habian abierto tantos nuevos caminos en la carrera de las ciencias. No solo reverenciaron á un Dios reconociendo las grandes verdades de la ley natural, sino que creyeron en el Evangelio. ¿Qué nombres opondremos á los de estos? ¿Quién vacilará á vista de sus votos? ¿Qué espíritus fuertes lucharán contra estos sublimes y dóciles ingenios? ¿Y qué será si á tan grandes autoridades se juntan, como ya hemos



observado, tantos otros recomendables escritores del mismo tiempo, y particularmente los que ilustraron el reinado de Luis XIV? Con este séquito respetable se presenta el siglo XVII á sus detractores: con esta masa de testimonios manifiesta su asenso á las verdades cristianas, y nos parece ver la religion, pasando por medio de este siglo, caminar rodeada de ese grupo venerable de sabios, literatos y filósofos que se reunen para prestarle homenaje, y se apresuran por adornar su triunfo.

Sin embargo, es preciso confesarlo, á pesar de este caracter general del siglo XVII, de los gloriosos ejemplos de los grandes hombres, de los excelentes escritos que en él se vieron nacer, de la proteccion de los soberanos, y aun de las habi- tudes y disposiciones de los pueblos, la religion cuenta en él algunos detractores. Allí se descubren algunos enemigos de la divinidad, algunos contrarios del cristianismo, algunos destructores de la moral. A su frente deben ponerse los socinianos, que han formado secta, que han estado algun tiempo bastante derramados, y á quienes los incrédulos modernos miran como sus predecesores y modelos. Fausto Socin, patriarca de estos sectarios, murió en 1604. Habia tomado de los calvinistas su principio de no creer ni á la autoridad de la Iglesia ni á la de la tradicion, y lo llevó tan adelante como era posible. No le seguiremos en sus errores sobre la Iglesia, sobre la gracia, la eternidad de las penas, los sacramentos, la moral. La

principal de sus impiedades es haber negado la divinidad de Jesucristo, y el misterio de la encarnacion. Por lo demas él creía la revelacion y hacia profesion de venerar la santa Escritura; pero la esplicaba á su modo y violentaba los testos mas claros y mas positivos contra su doctrina. El *Diccionario enciclopédico* en el artículo *unitarios* quiere que se miren los socinianos como puros deistas, y espone sus dogmas con una complacencia y afectacion señaladas. Allí se pretende que estos sectarios no admitian los libros santos sino en la apariencia y por no chocar; pero que en el fondo no creian su divinidad. Semejante alegacion se desmiente por las obras de los mas célebres unitarios, que á la verdad dan tortura á los testos de la Biblia, pero que no obstante se esfuerzan á conciliar con mas ó menos verosimilitud sus dogmas con estos testos. Lo que ha dado lugar á esta asercion es, que querian apoyarse con el sufragio de este partido, y aumentar la lista de los incrédulos con la de los partidarios de una heregía, que sin duda empezó á dar golpes atrevidos al cristianismo y alterar las verdades reveladas, pero que hacia á lo menos profesion de respetar los oráculos divinos. Los socinianos se derramaron por Polonia y Transilvania, en donde tambien obtuvieron el libre ejercicio de su culto, y se fueron propagando hasta la mitad del siglo, en que fueron sucesivamente arrojados. Despues de Socin tuvieron en su partido algunos hombres famosos por sus escritos y por